

LA CASA LABERINTO

Al caer la noche, la oscuridad envolvía la majestuosa casa de cuatro pisos donde vivía la pequeña Frankie. La residencia era imponente y laberíntica, rodeada por altos muros que parecían esconder sus secretos. En su interior, Frankie contaba con innumerables habitaciones que antes le habían dado diversión, pero que ahora comenzaban a perder su encanto.

Frankie ya estaba aburrida. Ya conocía todas las habitaciones y cada escondite de la casa. Después de todo, vivía allí desde que nació. Y ahora con trece años, temía que su vida entera se tratara solo de aventuras en los mismos lugares de siempre.

Quería jugar con alguien, pero su madre siempre estaba ocupada, y no veía a su padre desde hace mucho tiempo, lo extrañaba mucho. Desde entonces, ha estado jugando con sus juguetes y con su propia imaginación.

Esa noche Frankie se hallaba en su habitación, dibujando y haciendo esculturas de plastilina mientras hablaba con sus amigos imaginarios. Ellos eran su mayor entretenimiento y le contaban sus aventuras que Frankie plasmaba en el papel.

Estaba el intrépido explorador, siempre dispuesto a liderar aventuras. La sheriff, la fiel seguidora de las reglas, y La chica misteriosa, su amiga tímida y amable que jugaba con ella a las muñecas.

Frankie soltó los creyones y les preguntó:

—¿No creen que deberíamos encontrar algún lugar secreto en esta casa?

La sheriff, siempre siguiendo las normas, frunció el ceño y respondió:

—Frankie, ya conoces todos los lugares de esta casa. No queda nada por descubrir.

—Bueno, eso es lo que todos piensan —dijo el explorador—, pero hay un sitio al que aún no has ido. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? El sótano. Tu madre nunca te ha permitido explorarlo.

Frankie, intrigada por la mención de esa misteriosa zona, recordó que todo este tiempo, el único lugar prohibido había sido el sótano.

De pronto, su mamá entró en la habitación. Frankie recogió rápidamente sus colores, pues ya era hora de dormir. Su madre la arropó y se sentó a su lado para contarle un cuento de buenas noches.

Frankie aún pensaba en la conversación que tuvo sobre el sótano, así que le entregó algunos de sus dibujos y le pidió que incluyera a sus amigos imaginarios en la historia. además le hizo una petición especial:

—Mamá, haz que la historia trate sobre un lugar secreto.

La madre, tomando los dibujos en sus manos, sonrió y comenzó a relatar:

“Había una vez una sheriff que vigilaba el ayuntamiento, allí guardaban las llaves de las celdas...

Pues en el bosque, habían muchos monstruos y debían encerrarlos. El explorador se encargaba de cazarlos y atraparlos en un lugar secreto...

Allí una hermosa chica, vigilaba la entrada. Y así ocultaban el peligro del mundo exterior...

Estos guardianes protegen nuestra casa y cuidan de ti, Frankie.”

Cuando su madre apagó las luces y se retiró de la habitación, Frankie estaba emocionada por la historia y el espíritu de aventura, así que se levantó a escondidas y comenzó a preparar un bolso lleno de utilidades. Estaba a punto de emprender

una nueva y emocionante aventura, sin saber que esa noche, descubriría una sorpresa.

Mientras salía de su habitación para llegar a las escaleras, sintió un escalofrío. Podía escuchar la voz de la sheriff en uno de los pisos de abajo, pero no sabía exactamente dónde. Avanzó sigilosamente por las escaleras, pero no pudo evitar sentirse nerviosa al escuchar que los escalones hacían un molesto "crik, crik, crik" con cada paso.

Al llegar al piso de abajo, Frankie se encontró con una situación inesperada: su madre estaba en el sofá con la tele encendida, pero por suerte, estaba dormida y tenía un antifaz cubriéndole los ojos.

Y ahora, como si no fuera suficiente, justo en frente a las escaleras había una estantería repleta de platos de cerámica, que seguramente su madre había movido para limpiar.

—Parece que de nuevo mi mamá se quedó limpiando a altas horas de la noche. seguramente estaba muy cansada —pensó Frankie.

A paso de puntillas, Frankie atravesó la sala y se metió ágilmente detrás de la estantería, en ese instante agradeció ser tan pequeña, pero vaya, aun así se notaba que había crecido estos últimos años, y todos los platos se movieron de un lado a otro.

Puso sus manos sobre ellos para evitar que cayeran pero justamente el plato más grande, más pesado y más voluminoso, cayó hasta el primer piso con tal fuerza que Frankie no tuvo más opción que verlo caer en cámara lenta a través del vacío de las escaleras:

"Pufff"... Resultó caer en el sillón más cómodo de la casa, disipando todo el ruido.

Frankie, ya sudando de nervios, pero agradecida por su suerte, llegó al segundo piso, que le daba un poco de miedo:

—En este piso no hay más que solo sábanas tendidas secándose...—dijo para darse ánimos a sí misma.

El viento que entraba por las ventanas hacía que las telas se movieran como fantasmas, y no pudo evitar que su imaginación volara, aterrándola. Por lo que salió corriendo bajando el resto de las escaleras. Y para su desgracia, resbaló y rodó hasta abajo.

Aunque se sintiera muy adolorida, Frankie estaba convencida de que era una niña valiente y de que no iba a llorar porque ya estaba grande.

Por fin estaba en el primer piso. Sobre la mesa del comedor estaba su amiga, la sheriff, que acababa de cenar un banquete, y tenía a su alrededor un montón de cajas de pizzas.

—Wow, ojalá me hubieras guardado un poco —dijo Frankie, frotándose los codos—. Yo ya me aburrí de la comida de mi mamá.

—Lo siento, Frankie. Me canso luego de mis sesiones de entrenamiento y debo comer toda mi comida. ¡Deberías seguir mi ejemplo! escuché que tú no terminas tu comida, ¡estás muy flaca!

Mientras la sheriff hablaba, Frankie sin prestarle atención, se abrió paso a la cocina. Buscó por todos lados, abriendo cada cajón sin encontrar nada. No lo podía entender; su madre siempre guardaba las llaves en los cajones. ¿A donde tenía que buscar esta vez?

Frankie volvió al comedor y no tuvo más opción que pedirle a la sheriff ayuda.

—Uy, Frankie, ¿y esa cara?, pensé que habías bajado por comida. ¿Qué estás planeando? —preguntó la sheriff.

—Necesito tu ayuda. Quiero conseguir la llave del patio.

La sheriff se levantó del asiento y caminó alrededor de Frankie con una mirada juzgadora:

—¿Para qué quieres eso? sabes que ir al patio de noche está prohibido. Si tu madre se entera, se molestará contigo, si es que antes no te comen los monstruos.

—Es una misión muy importante que debo cumplir. Algún día tengo que descubrirlo y esta noche es el momento. Ya soy grande. Los monstruos no existen, y estoy lista para descubrir el secreto del sótano.

La sheriff dudando de sus planes, caminó hasta la cocina y se sentó sobre el mesón cruzando los brazos.

—No estoy de acuerdo con eso, Frankie. Te va a dar mucho miedo y yo no te voy a ayudar. Sabes que tu mamá siempre te dijo una cosa: NO VAYAS AL SÓTANO. ¿Y ahora quieres hacerlo? Pues eso no me parece.

—¡No, eso a mí no me parece! —contestó Frankie —. No tengo miedo y soy valiente. Sólo dime dónde está la llave del patio y te lo probaré.

La sheriff suspiró.

—No es correcto dar esa información a niñas que desobedecen a sus madres. Así que no. No te voy a decir dónde está la llave —dijo la sheriff mirando al techo.

La sheriff con ese gesto reveló de manera inintencionada que la llave se encontraba en un lugar que nadie había imaginado: pegada al techo con cinta adhesiva; fuera del alcance y la vista de todos.

Frankie sorprendida y emocionada, corrió a buscar una escalera en el closet para alcanzar la llave.

—Te vas a caer —exclamó la sheriff— Bueno, después no digas que no te lo advertí.

—No me voy a caer de nuevo —le contestó.

Con determinación, Frankie colocó cuidadosamente la escalera en la cocina, y al subir cada escalón le daba ánimos ver la cara de sorpresa de la sheriff.

Desde arriba, su amiga imaginaria parecía una hormiga. Frankie perdió la concentración y se resbaló, provocando un estruendo que la llenó de temor de que su madre la descubriera.

La Sheriff se llevó las manos a la boca diciendo “¡Te lo dije!”. Afortunadamente, su madre no pareció oír nada, y Frankie salió de la cocina y guardó la escalera intentando no hacer más ruido.

Con la llave en su poder, Frankie miró a través de la ventana de la puerta del patio y vio la oscuridad de la noche. Reuniendo coraje, abrió la puerta y avanzó, pero la falta de luz la hizo perderse.

En el jardín había hongos gigantes. A lo lejos, algunas luciérnagas rondaban por el sendero. Frankie se comenzó a preguntar si estaba yendo en dirección correcta:

—¿Pero a dónde debo ir? El jardín es casi irreconocible de noche... —pensó con preocupación.

De repente, el explorador, su otro amigo imaginario, apareció entre los arbustos de un salto:

—Este sitio es peligroso para una niña como tú —le dijo el explorador—. Hay monstruos, y tú no durarías ni un minuto. Yo, en cambio, puedo sobrevivir. Por eso vivo aquí.

—¿Me podrías ayudar a encontrar el camino? —preguntó Frankie.

—Bueno, deberías revisar tu mochila. Tienes una brújula.

Frankie recordó que la había traído. Metió la mano en el bolso y la miró esperanzada, hasta que se dio cuenta de que no sabía siquiera cómo ubicarse con los puntos cardinales.

—Por desgracia, no la sabes usar —dijo el explorador.

Él le explicó que la flecha roja apunta hacia el norte. Sin embargo, saber eso no le fue muy útil. Y su amigo, antes de irse de nuevo a los arbustos, comentó:

—A estas horas de la noche sale un monstruo que come niños. Acecha estos bosques, y podría estar cerca de ti.

Al terminar de decir esa frase el corazón de Frankie se paralizó por completo, y volteó a ver su alrededor rápidamente. No había nada, pero ya estaba llena de miedo.

Frankie avanzó intentando recordar la ubicación de la puerta del sótano, y cada vez, caminaba más rápido, temiendo que algo estuviera persiguiéndola. ¿Sería un animal? ¿Sería un monstruo?... o peor, el Cuco. Salió disparada gritando.

Cuando no pudo correr más y pensó haber perdido al monstruo, volteó, pero al mirar sólo encontró al explorador.

—¡No vuelvas a hacer eso! Tú no me das miedo —exclamó Frankie.

—¡Yo no fui!, ¿por qué te asustas? Además mira el lado positivo. Ya llegaste.

Era así, pues ya estaban frente a las puertas inclinadas que conducían al sótano.

—Todos saben que los monstruos viven en el sótano —continuó el explorador—. Es mejor que te devuelvas.

Frankie dudó por un momento. Si su madre no se despertó con el ruido de su caída en la cocina, era muy probable que sí que se hubiera despertado con su grito. Y efectivamente, levantó la mirada para ver las luces de la casa encenderse. Su mamá la estaba buscando.

—Aunque no quiera, debo hacerlo. Debo crecer, y si eso implica tener que superar mi miedo a los monstruos para descubrir el secreto lo haré —le dijo Frankie al explorador, sabiendo que debía apresurarse.

Abrió la puerta del sótano, adentrándose en él. Encendió la luz, y no parecía haber nada en la habitación. ¿Cómo era posible que no hubiera nada? Desesperanzada, se sentó en medio de la sala vacía.

Su otra amiga imaginaria, la chica misteriosa, puso la mano sobre su hombro.

—Frankie, has superado con creces tus miedos. ¿Recuerdas cuando jugábamos a las muñecas? Supongo que sí... Nunca olvides de donde vienes, necesitas recordar tu historia.

Frankie se sintió conmovida por las palabras de su amiga. Ahora que había llegado tan lejos, sabía que tenía que haber algo en el sótano, así que se levantó y exploró el lugar nuevamente.

Y encontró una puerta secreta escondida detrás de un tapiz.

—Hay un gran secreto en esa habitación —dijo la chica misteriosa—. Frankie, Me podrás extrañar, pero no me necesitas. Has demostrado todo este tiempo que puedes hacerlo sola.

—Tienes razón...—contestó Frankie—. Los quiero mucho, a ti y a todos mis amigos imaginarios, pero sé que puedo hacerlo por mí misma.

Tomó un respiro, y emocionada de lo que podría encontrar detrás, abrió la puerta.

—Sé que puedo lograrlo.

Al entrar en la habitación, Frankie se sorprendió, había un enorme piano, artefactos antiguos, y una enorme foto de un hombre colgada en la pared. A Frankie le dieron ganas de llorar, era un retrato de su padre.

—Papá... Nunca pensé que estarías aquí. En mis sueños, siempre imaginé que algún día te conocería, que estaríamos juntos... pero ahora que he crecido, comprendo que estás en un lugar mejor.

En ese momento, la madre de Frankie cruzó la puerta secreta, sus ojos llenos de lágrimas, pero con una sonrisa triste, dijo:

—Mi amada hija... Me disculpo de todo corazón. Cometí un error al intentar ocultarte la verdad. Creía que protegiéndote de esta realidad te ahorraría el dolor, pero me di cuenta de que no es así. No puedo ocultar tu historia. Tu padre te amó tanto, y aunque ya no está aquí, su amor permanece y sigue guiándonos.

Frankie, con los ojos también llenos de lágrimas, asintió.

—Gracias, mamá, por contármelo y por cuidarme siempre. Aunque esta noche haya sido aterradora, estoy contenta de haber encontrado este lugar, de haber superado mis miedos y de saber más sobre mi historia.

Las dos se abrazaron con fuerza. Con un suspiro, Frankie miró una vez más la foto de su padre y, con un leve pero cálido gesto, se despidió.

—Gracias, papá.